

con la ingenuidad. El señor González Ruano habla como una cotorra, sin método, repitiendo cuanto le han contado, y habla apresuradamente, pegando un recorte en cada respiro, deseoso de completar el libro antes de los ocho días, a fin de poder deslumbrar a la viajera norteamericana que presencié su inicio y a la que habrá de mandárselo por avión al primer puerto de desembarco. (¡Cómo se habrá reído esa compatriota de dos Passos, acostumbrada a los records materiales, con este fulminante parto literario!)

Lo peor del caso es que el libro parece acoderarse a la lucha social. Sería ingenuo declarar que, desde este punto de vista, nosotros también estamos contra Machado, Leguía, Gómez, etc., y contra el imperialismo yanqui. Pero nuestra posición es más seria, más reflexiva. No fijamos nuestra ubicación en el escenario social con sólo ocho días de tecleo en una Underwood. Esto nos permite salvar errores tan garrafales como el del señor González Ruano que, en Argentina por ejemplo, juzga que Leopoldo Melo o el «doctor Gayo» pueden ser excelentes mandatarios. Y errores veniales, aunque pintorescos, como dar a Mella por muerto en huelga de hambre (pág. 99) y luego por muerto en asesinato (pág. 107). (Mella, en realidad, murió en Méjico de un balazo disparado por un agente del gobierno de Cuba.)

En suma, el libro revela todo lo que podemos esperar de España en nuestra lucha. Palabras, palabras, niágaras de palabras, dimes y dire-

tes, calembours, anécdotas, verborreo. Revela también la esencia gárrula del hispanoamericanismo. Nuestro destino es otro. Está en nosotros mismos, mediante nuestro propio esfuerzo. España nos ha perdido para siempre. Entre otras causas porque mientras ella se ha detenido en sus recuerdos de opulencia, en sus complejos arábigos, en su charlatanería, nosotros hemos avanzado. Hemos avanzado tanto que ahora sabemos sonreírnos de las ametralladoras del verbalismo peninsular.—*Manuel Seoane.*

PEDAGOGIA

CÓMO EDUCA LA NUEVA ESCUELA CHILENA, por *Manuel Martínez M.*

Mientras la falta de pulcritud es cada día una característica más acentuada de los tiempos que estamos viviendo, ocurre con mayor frecuencia el caso de que la educación pública sea tratada sin ningún respeto y debatida por todos no ya sin previo estudio, pero ni siquiera a seguida de una breve reflexión. El libro del señor Martínez, que se refiere a actividades de la educación primaria, contiene una utilísima y expresiva información cuyo examen sería muy provechoso para cuantos, sin conocerlos realmente, barajan los tópicos o lugares comunes que se han venido acumulando sobre esta rama de la enseñanza. Como dice su epígrafe, se trata de una sucinta reseña de la labor realizada en las escuelas del Quinto Sector Escolar de Santiago. Con-

tiene, pues, una demostración de lo que esas escuelas han hecho, y, en consecuencia, de lo que todas puedan hacer. En otros términos, y para el público que mira o juzga desde la calle, muestra la potencia y las posibilidades que existen en nuestra escuela primaria y que una dirección inteligente puede revelar y orientar.

Se diría que por esta demostración parece cobrar un sentido más acerbo el cargo que ha solido arrojarse—con esa escandalosa alternativa de aplauso y vituperio que viene gravitando desde hace algunos años sobre las cosas más serias del país—contra la escuela primaria y su profesorado. Pues, se pensará, si la escuela puede realizar todo eso, ¿por qué no lo hace? Y, según ocurre con toda actitud superficial, no se va más allá de la pregunta. La tontería unánime se satisface creyendo que la pregunta es al mismo tiempo una respuesta. Justamente, la manera de no enterarse nunca de nada.

El libro del señor Martínez será útil, por las experiencias e indicaciones que contiene, a todos los maestros. Pero lo será todavía mucho más para el prestigio de la escuela primaria. Atestigua que ella trabaja y que es, con su profesorado, capaz de esfuerzo y abnegación. Y si nos parece que, en general, ese trabajo no es bastante fecundo y que esta capacidad no se hace siempre efectiva, después de leer este libro no tenemos derecho a reaccionar trivialmente contra la escuela. Estamos obligados a conceder al tema algún momento serio de reflexión

y, sobre todo, a mirar; a mirar la escuela y cuanto con ella está relacionado. Sin esta faena previa, no hay censura fundada ni responsabilidad discernida rectamente. — *R. C. M.*

NOVELA

MÁS AFUERA, por *Eugenio González.*

Raúl Silva Castro promovió recientemente una discusión saludable, cualquiera que sea el punto de vista que se adopte ante cierto radicalismo de conclusiones a que arriba. Nos referimos a la falta de problemas en las letras de Chile.

Silva Castro acusa de omitir los asuntos vitales al mesocratismo de nuestros literatos, limitación de horizontes, y, por ende, falta de contacto con los grandes dramas humanos. La mujer, el tema sexual, la inquietud religiosa, el mal metafísico, todo eso—al decir de Silva Castro—aparece ausente de los tópicos literarios nacionales.

Los novelistas y cuentistas se han refugiado casi en masa en el campo. Han preferido el análisis de esas vidas oscuras y primitivas que luchan con la naturaleza y tratan de domarla. Pocos se han quedado en la ciudad y de éstos, los menos han preferido un ambiente refinado. Orrego Luco ha penetrado a los salones sin ser siempre afortunado en su evocación. La clase media ha tenido acertados descriptores como Barrios, Maluenda, Espinosa y Santiván. En resumen, los problemas de la vida interior y